

EL MERIDIANO

Daniel Pérez Calvo

Una furtiva lágrima

ELSA Fornero, ministra italiana de Trabajo, no pudo contener el llanto al pronunciar la palabra «sacrificio», cuando en 2011 anunciaba, ante una ciudadanía ojiplática y atónita, que no había suficientes agujeros en el cinturón para sostener una deuda pública asfixiante y causada –en palabras de su jefe, el tecnócrata Monti– «por italianos que en el pasado no dieron importancia al futuro de los niños del país». Las lágrimas de Fornero eran lágrimas de dolor sincero y quizás por eso las víctimas se apiadaron del verdugo, al entender que aquella mujer anegada en llanto jamás habría adoptado medidas tan drásticas sobre el sistema nacional de pensiones, si hubiera tenido en su caja de herramientas opciones menos lesivas. En España, los hombres del PP no lloran, pero las mujeres tampoco; de hecho, a veces ni pestañean. Y esa ausencia de llanto sugiere en ocasiones una suerte de atrofia en el área del cerebro que rige la sensibilidad y la empatía hacia el prójimo cuando este sufre. Cada vez que Fátima Báñez desgrana las bondades de su reforma laboral o el ministro Montoro justifica la presión fiscal que el programa electoral de su partido nunca contempló, lo hacen con ese ademán malhumorado y algo soberbio, propio de quienes quieren dejar claro que a la política no viene uno a hacer amigos. Ni bajan la mirada ni dejan escapar un silencio cómplice en la mitad del discurso para tragar saliva o evitar un quiebro en la garganta que pueda delatar su condición humana. Ahora, con las elecciones europeas a la vuelta de la esquina, el PP tiene ante sí el reto nada baladí de convencer al electorado de que, para atajar la gangrena de la crisis, no quedó otra alternativa terapéutica que la de entrar en la herida a machete y sin anestesia. No va a ser tarea fácil, sobre todo si el consabido y arrogante «son lentejas, las tomas o las dejas» no se transforma, siquiera por una vez, en una dedada de miel; en un gesto amable, comprensivo, cariñoso y solidario, por parte de una clase política que es quien parece mostrar su desafección hacia los ciudadanos –y no al revés– cada vez que evita en su mirada esa furtiva lágrima que para la ministra Fornero, lejos de ser un síntoma de debilidad, resultó ser el mejor modo de expresar aquello que no siempre es posible decir con palabras.

@danielprezalvo

EL MIRADOR | La mutilación genital de las mujeres, a menudo obra de otras mujeres, debe ser perseguida y sancionada, sea cual sea el pretexto –religioso, cultural u otro– que aduzcan sus practicantes
Por Guillermo Fatás

Un uso ‘cultural’: mutilar a la mujer

EL jueves pasado, 6 de febrero, fue el Día Internacional contra la Mutilación Genital Femenina. Una cosa insuperablemente degradante. No debe ser consentida, tolerada, excusada o ignorada so pretexto de que las costumbres diferentes merecen respeto, lo que, dicho sin condiciones, es una defensa doctrinaria del multiculturalismo. Es un dislate eso de que todas las creencias, o ideas, son respetables. Hay muchas que no tienen, ni deben tener, respetabilidad ninguna, tanto nuestras como ajenas. Lo respetable, en principio, son las personas, no sus ideas. Una obviedad de necesaria repetición.

En qué cabeza cabe

En la de un romano, no. A ellos, que nos legaron tantas cosas aún vivas, no les cabía en la cabeza que alguien en sus cabales pudiera, por ejemplo, amputarse los testículos. Se prohibió la práctica a los ciudadanos romanos, por lo que no podían ser sacerdotes de ciertas religiones que se emascaban por fervor.

Cortar el prepucio –otra mutilación genital– fue una orden directa de Dios a Abraham que consta en el Génesis: «Te haré grande –vino a decirle– pero, a cambio de que tu gente tenga Canaán para siempre, a todo macho que nazca en tu prole, o incluso al que comprases a terceros, le cortarás el prepucio para que quede marcado. No te saltes la regla: tus prepucios son míos». Con cierta manga ancha, los judíos ortodoxos dejan que el niño pase ocho días con el pene completo para que, al menos un sábado en su vida, pueda disfrutar de su integridad corporal. La cosa iba en serio: Yahvé iba a matar personalmente al hijo mayor de Moisés, que se salvó porque su despavorida madre le cortó el pellejito ipso facto, con un pedernal filoso que tenía por allí.

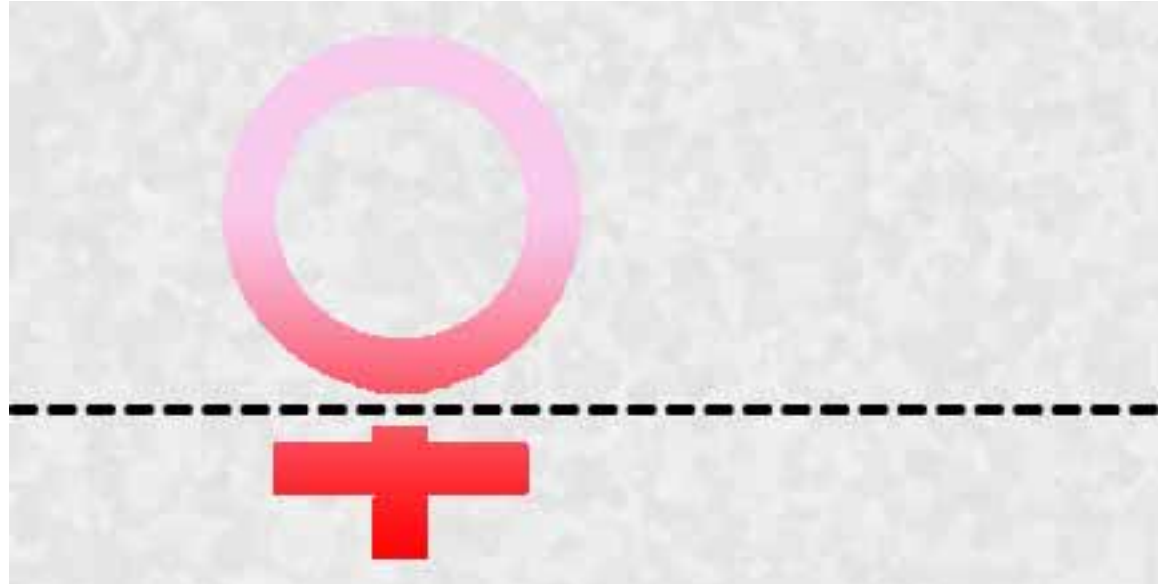
Al emperador Adriano le repugnaba ‘mutilare genitalia’, así que lo prohibió. Como efecto del veto, los judíos, dispuestos a morir antes que a vivir con prepucio, se sublevaron (les fue mal). Y eso, por un pellejo de nada.

CUENTOS DE DOMINGO

Antón Castro

De Sender a Olga Orús

RAMÓN José Sender era un escritor de cine. En varios sentidos: fue un novelista inmenso, concibió grandes personajes que el cine adoptó como arquetipos y lo adaptaron varias veces. Mi película favorita, inspirada en uno de sus libros, es ‘Valentina’, donde



HERALDO

«La mutilación de los genitales humanos, a menos que sea un castigo, cobra casi siempre apariencia religiosa»

Una práctica detestable

Sin embargo, no hay sublevación, pasada ni actual, por las atrocidades que se perpetran sobre los genitales femeninos. La idea, motejada de patriarcal –adjetivo comodín y laxo: griegos, persas, celtas, romanos eran ideológicamente patriarcales y no mutilaban así a la mujer–, no sería ejecutable sin la cooperación activa de las mujeres empapadas de esa variedad espantosa de patriarcalismo.

La carnicería sobre la mujer –niña o no tanto– busca alterar su sexualidad, impedir su inventada virilización (el clítoris se ve como un pene que crecerá), garantizar su virginidad nupcial y vedarles la búsqueda de placer impidiendo cruentamente que puedan sentirlo. Mueren, sufren, son quebradas de modo irreversible.

El envoltorio es religioso

Se ha dicho que esta mutilación femenina, con sus odiosas variantes, no figura como deber en la Biblia o el Corán, por lo que no es religiosa. Es un pobre argumento. Por un lado, se trata al menos en tres ‘hadices’ de Mahoma. Por otro, fetuas oficiales declararon obligatoria la mutilación ritual para ambos sexos, lo mismo que las hubo contrarias: «El islam no obliga a la circuncisión, sea por remoción de piel o por corte de la carne de los genitales femeninos» (Ahmed Talib, 2005). No son libros sagrados, pero sí es religión.

Muchas prácticas devotas de millones de creyentes no figuran en sus libros sagrados, lo cual no las hace menos religiosas. Sin contar con que muchas religiones no tienen textos, porque son de pueblos analfabetos. En fin: la mutilación de los genitales humanos, a menos que sea un castigo, cobra casi siempre apariencia religiosa.

Judíos, cristianos y musulmanes

Las barbaridades ritualizadas sobre los genitales femeninos son cosa de creyentes diversos, musulmanes, pero también judíos y cristianos, lo que se comenta menos. Los grupos que las practican no les ven inconvenientes mora-

les –al revés– u opuestos a su fe. En Etiopía, se practican, según zonas, la clitoridectomía; la excisión del clítoris más los labios menores; la extirpación de gran parte de los genitales con cosido de la entrada vaginal casi completo (se deja un agujero minúsculo, milimétrico), seguida de una brutal inmovilización de mes y medio para cicatrización; y, en fin, el ‘Mariam Girz’, una intervención menor en niñas que ya han nacido con el clítoris atrofiado... por obra de Santa María. Lo hacen poblaciones de las tres religiones del Libro (los judíos son etíopes falasha). No suele usarse anestesia.

Nueva ley española

Si la nueva doctrina que España elabora sobre jurisdicción universal deja fuera de alcance estas monstruosidades por ocurrir sobre residentes, pero fuera de territorio nacional, habrá que buscarles otro asiento penal. Sin excusas ‘antropológicas’. Da igual que la práctica asuma o no aires religiosos. Y, si el legislador español tiene dudas, que se dirija a Emma Bonino (@emmabonino), que hace años enarbó la bandera contra estas brutalidades. Ahora es ministra italiana de Asuntos Exteriores y se sabe la lección.

narra su historia de amor con Valentina Ventura, la niña de Tausete, aquel período de formación y sueño, los paisajes de Albarracín y Loarre, que interpretaron con felicidad y candor los niños Jorge Sanz y Paloma Gómez, al abrigo de Anthony Quinn. Jorge y Paloma se encontrarían años después y engendrarían a un niño, Merlín, que aparecía en la serie de David Trueba ‘¿Qué fue de Jorge Sanz?’. David es uno de los candidatos de esta noche al Goya. Daniel Gascón habló el miércoles de ‘Sender y el cine’, y José Domingo Dueñas mostró el mundo del escritor en el Centro de Estudios Senderianos: sus cartas, las ediciones de sus libros, sus cuadros

(Sender fue un estimable pintor que admiraba a Velázquez y a Goya), y anunció que la editorial Contraseña publicará ‘El bandido adolescente’, la historia de Billy el Niño, y ‘Contraataque’. El azar me llevó a Huesca dos veces esta semana: el artista y publicista Juan Tudela, con casa en Agüero desde 40 hace años, expone sus dibujos en la biblioteca Antonio Durán Gudiol, un espacio acogedor con quince mil volúmenes. Durán Gudiol, sacerdote e historiador, amó la ciudad con locura y fue uno de los fundadores del Instituto de Estudios Oscenses en 1949. En el Matadero de Huesca exponen dos artistas: Javier Aquilué, músico del grupo Kiev

cuando nieva, practica un arte próximo al hiperrealismo con ecos irónicos que recuerdan a Magritte, y Perea, que lo mismo se acerca a una pintura desapacible e inquietante que es capaz de retratar a una mujer atada, con la piel erizada por machetazos de óleo, que parece huida de las ‘pinturas negras’ de Goya. En el Matadero, que dirige con auténtica pasión Luis Lles, el grupo Olga y los ministriles abraza el pop rock en lugar del folk. Gabriel Sopena, productor musical, poeta y cantante, le ha producido un álbum, ‘Es a veces amar’, basado en once poetas. Olga Orús canta a su gusto como si fuera Gloria Gaynor o Gloria Estefan.